



2001

D. Manuel Sánchez Beltrán

Sr. Cura Párroco.
Sr. Alcalde y Corporación Municipal.
Sr. Presidente del Cabildo Superior de Cofradías.
Sres. Presidentes de las Cofradías.
Torreños y torreñas.

Este año tengo el gran honor de pregonar la Semana Santa de mi pueblo ante mi gente, ante mis amigos, y con la responsabilidad de hacerlo en mi casa. En estos momentos soy consciente de mis limitaciones, y no lo digo como fórmula socorrida para ganar vuestra benevolencia. No. Lo digo porque es verdad. Intentaré explicarme.

Cuando el Sr. Presidente del Cabildo Superior de Cofradías, Cantero y Pedro me invitaron para pregonar la Semana Santa Torreña, acepté gustoso, pero enseguida pensé que me había precipitado. ¿cómo pregonar la Semana Santa de nuestro pueblo sin ser historiador, ni poeta, ni erudito? ¿por qué me habrían elegido a mí? Unos días, me decía a mí mismo, "de hoy no pasa", voy a llamar al Sr. Presidente del Cabildo para declinar la invitación. Y otros, quería hacerlo. Los días iban pasando y me encontraba en un callejón sin salida.

No sabía qué hacer, ni qué decir, ni cómo empezar.... Hasta que me dije a mí mismo: ¿por qué no pregonar la Semana Santa desde lo que fui?

Como ustedes saben, durante muchos años, yo fui monaguillo, ¿por qué no pregonar la Semana Santa vista por un monaguillo cincuenta años después?
Me tranquilicé y, con ilusión, comencé a recordar....

1. DEDICATORIA

Inmediatamente acudí a mi memoria el recuerdo de una persona que, en aquellos años tan difíciles para las gentes de Las Torres, impulsó, con toda su fuerza, vitalidad y devoción, unas procesiones que hoy en día, gracias a la fe y la perseverancia de los torreños, pueden competir con las mejores de la comarca. Fue pastor de este pueblo, guía espiritual de muchos de los aquí presentes y, en gran medida, responsable de que hoy pregone la Semana Santa un monaguillo después de cincuenta años.

Algunos ya habéis susurrado su nombre. Pues sí, me refiero y recuerdo a D. Rafael Fernández Herrera, que dio lo mejor de sí y su vida por nuestro pueblo y por sus gentes. A él y a la memoria de cuantos impulsaron la Semana Santa torreña dedico este Pregón.

2 EL PRÓLOGO DE LA SEMANA SANTA.

La Semana Santa torreña, como todas, tiene un prólogo: la Cuaresma. Siendo monaguillo, de la Cuaresma recuerdo tres cosas: el miércoles de Ceniza, los ensayos del Auto del Prendimiento de Jesús y el Novenario de la Virgen de los Dolores.

El miércoles de Ceniza es el pórtico de la Cuaresma. D. Rafael lo avisaba el domingo anterior y recordaba, con mucha insistencia, que era día de ayuno y de abstinencia. Y en casa, nuestros padres, nos decían que durante la Cuaresma no se podía cantar, ni oír música, ni por supuesto, bailar. Unos días antes se recogían las palmas secas del Domingo de Ramos del año anterior y se habían quemado. Las cenizas ya estaban preparadas.

Todo el mundo acudía a la imposición de la ceniza. También nosotros, los niños, junto con don Pedro, doña María Buendía, doña Cruz, don Ángel y doña Josefina, su esposa, y el resto de maestros acudíamos, en filas y bien formados, a la Iglesia. D. Rafael decía unas palabras que nunca llegué a entender. Pero eso no me preocupaba.

Nosotros, empujándonos en las filas, nos levantábamos el flequillo para dejar la frente despejada. Después nos mirábamos unos a otros para saber quien llevaba más ceniza y mayor tiznajo.

Algunos años, durante la Semana Santa, se representaba el Auto del Prendimiento de Jesús dirigido por Juanito Baño, más conocido, como diría Paco el "Sastre" desde el coche de los anuncios, por Juanito el "Sacristán".

La rutina y la oscuridad del invierno dejaba paso a una primavera cercana. Los huertos más madrugadores ya estaban en flor. Juanito el "Sacristán" repasaba la lista de los actores e intentaba solucionar las deficiencias de la representación del año anterior.

En la Casa de Sindicatos, situada en el solar que hoy se encuentra junto al Ayuntamiento, empezaban los ensayos. Se ensayaba casi todos los días de Cuaresma, y también, casi todos los días, Juanito se disgustaba. En unas ocasiones por la falta de puntualidad, en otras, porque mientras ensayaba con unos, los otros hablaban y reían. Y también los había que aprovechaban los ensayos para acercarse a la chica que le gustaba.

-¡Si D. Rafael hubiera sabido los noviazgos que se formalizaron en los ensayos, a buen seguro que los habría prohibido!

Cuando la Cuaresma estaba a punto de terminar, el novenario de la Virgen de los Dolores alteraba el ritmo normal de la Parroquia. Los monaguillos esperábamos esos días con ilusión. Aún resuenan en mis oídos los cantos de los Dolores dirigidos por la "Nena del maestro" (Isabelita de doña Soledad) que eran interpretados por las voces de Paquita la "Valeriana", Basilisa del "Neo", Lola de Alfredo, Josefa la "yesera"...

D. Rafael siempre invitaba a un predicador que le ayudaba a confesar, sobre todo a las mujeres, para que pudieran cumplir con el precepto pascual.

Durante el novenario, la tarea de los monaguillos estaba bien definida: tener el incensario a punto. Para nosotros encontrar brasas para el incensario se convertía en una verdadera aventura. Las buscábamos en el horno de la Joaquina y Alonso el "Chispa", pero, casi siempre, recurríamos a las estufas y chimeneas de la tía Lorenza Férrez y de las casas cercanas.

3 EL DOMINGO DE RAMOS.

Ocupados en estos menesteres transcurrían los días de la Cuaresma. Hasta que llegaba la Semana Santa que se iniciaba con la procesión del Domingo de Ramos. Ese día el pueblo respiraba y olía a fiesta. Las mujeres barrían las calles y adornaban los balcones del recorrido de la procesión con las mejores colchas y telas bordadas que había en las casas. Las madres vestían a sus hijos con el traje de los domingos. Niños y mayores acudían a la Iglesia portando palmas y tallos de olivos adornados con cintas de colores.-

A los monaguillos ese día no se nos hacía tarde. En la sacristía nos peleábamos por llevarnos alguna de las palmas blancas que habían sobrado. Eso sí, las mejores palmas blancas y las más altas siempre eran para don Rafael y para el Sr. Alcalde.

Era una procesión alegre, desordenada, bulliciosa, en donde los niños teníamos un protagonismo especial. Del doble motivo que preside la celebración entrada de Jesús en Jerusalén y anuncio de su Pasión-, nosotros tan sólo conmemorábamos el triunfo de Jesús aclamado por todos.

- ¡Qué fácil es, participando en la procesión del Domingo de Ramos de Las Torres, imaginar la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén!

Estoy convencido de que las salidas procesionales son verdaderas catequesis plásticas por nuestras calles. Las imágenes cuando desfilan, portadas por hombros devotos, nos recuerdan los misterios de nuestra salvación. Nuestros desfiles procesionales nos hacen próximo el misterio de Dios. En ellas contemplamos la historia de nuestra salvación y se alimenta nuestra vida cristiana.

No obstante, todos hemos de ser conscientes que cuando la veneración a una imagen no va acompañada por el testimonio de vida y el compromiso cristiano, cuando aparecen los fanatismos, las rivalidades, los derroches económicos, etc. Entonces estamos desvirtuando el verdadero sentido cristiano del culto a las imágenes.

4. DE LUNES A JUEVES SANTO.

De Lunes a Jueves Santo eran los días dedicados a las confesiones de los hombres. Recuerdo que las colas eran interminables. Entraban en silencio, sin apenas saludarse. Siempre me impresionó la figura del huertano de pío, con el rostro serio, ensimismado, encerrado en el mundo de sus pensamientos, sombrero en la mano, esperando su turno. Y después el cuchicheo misterioso cuando se arrodillaba delante del Padre que don Rafael invitaba para ayudarle a confesar.

5. JUEVES SANTO.

En mi memoria, el jueves Santo aún reluce más que el sol. Los monaguillos ese día estábamos muy ocupados. Éramos los recaderos. Todas y todos nos mandaban. Las cajas de madera de la fábrica del tío Carrillo ya estaban en la Iglesia.

Las mujeres encargadas de hacer el Monumento –unas veces instalado en el altar del Corazón de Jesús y, otras, en la capilla de los señores D'Estoup cubrían las cajas con juegos de cama bordados y los ornamentaban con las famosas fuentes realizadas con semillas de lentejas, arroz y maíz que germinaban en la oscuridad, ¡Aún puedo ver los ramos de flores de tela confeccionados por la tía Rosario la "Febrera" y Josefa la "gordilla"!

De todos los rincones del pueblo, desde la Media Legua hasta la Florida, desde la Loma hasta los Rodeos, los torreños acudíamos con nuestras mejores galas a la Iglesia para cumplir con el precepto pascual. La Iglesia estaba preciosa y llena de gente.

Tres cosas me impresionaban ese día. En primer lugar, el vestido y la seriedad de los hombres. Casi todos vestían de negro – la solemnidad de la ceremonia así lo requería- y permanecían de pie al final de la Iglesia y en las capillas. Su presencia nos imponía tanto que, sin decirnos nadie nada, bajábamos el tono de voz y callábamos. Tenía la sensación de que algo importante iba a suceder.

En segundo lugar, las largas colas en el momento de la comunión. Y os cuento un secreto. Estaba deseando que no me tocara a mí, ni la palmatoria, ni la bandeja de la comunión. Las colas eran interminables, y al final, me cansaba y, para distraerme, iba contando la gente que faltaba por comulgar.

Y la tercera cosa, eso sí que me gustaba, el traslado del Santísimo al Monumento llevando el incienso. El olor de las primeras flores de primavera y del incienso inundaba toda la iglesia.

Ese día las campanas enmudecían y nosotros nos peleábamos por coger la matraca que, casi siempre, tocaba mi compañero y amigo Manolo de la "Alpargatera".

D. Rafael lo decía, nuestros padres también, el Jueves Santo es el día del amor fraterno. Un amor que se hace operativo en la fraternidad y es la clave para solucionar los múltiples problemas que nos preocupan. En este sentido, creo que los Cofradías torreñas son expresión de una manera distinta de entender la vida. Ponen amor donde hay rivalidad, diálogo donde hay confrontación, unión donde hay discordia.

Por ello, pertenecer hoy a una Cofradía es algo muy serio y comprometido. Pienso que formar parte de una Cofradía significa, básicamente, dos cosas. En primer lugar, que el ser de una Cofradía es expresión de la pertenencia eclesial. El cofrade es un cristiano consciente que ha asumido libremente su bautismo por el cual se incorpora a la Iglesia y en la cual vive con fidelidad al Señor.

Para intensificar la vivencia eclesial en el seno de las Cofradías es necesario ser Iglesia, reflexionar sobre lo que es y significa una asociación cristiana de fieles, integrarse en la dinámica renovadora del Vaticano II, conocer y vivir las enseñanzas de Juan Pablo II y de los Obispos y finalmente, incorporarse a los Planes Diocesanos de acción Pastoral, salvando nuestras propias peculiaridades.

En segundo lugar, pertenecer a una Cofradía, significa que la caridad da sentido a la vida, siendo para los demás testimonio de vida fraterna (cfr. Hch 4,32-35). No podía ser de otra manera. El único fundamento sólido sobre el cual puede descansar las Cofradías torreñas es la caridad. La primitiva comunidad cristiana en el amor fraterno y en el servicio a los pobres expresaba su adhesión al

proyecto de Cristo (cfr. Hch 2,42-47).

Las relaciones de fraternidad que se establecen en el seno de las Cofradías quedan recogidas en estas palabras de san Pablo. "...siendo todos de una mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismo sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo..." (flp 2, 1-5). Los sentimientos de Cristo se han de hacer presente en las acciones y proyectos que asuma la Cofradía. Un torreño forma parte de una Cofradía porque quiere tener los mismos sentimientos de Cristo el cual siendo Dios tomó la condición de esclavo (cfr. Flp 2,6-11) es, en definitiva, el comportamiento fraterno, solidario y caritativo la razón de ser de todas las Cofradías torreñas.

6. VIERNES SANTO.

Después de la Hora Santa y del sermón de las siete Palabras, mi madre me mandaba a dormir porque al día siguiente tenía que madrugar para ir a la Procesión.

Antes de romper el día del Viernes Santo, un nutrido grupo de torreños (entre ellos se encontraban D. Pedro el médico, Juan de Alejo, Marcelino Ranco y su hermano "Cariote") con su campanilla y farol, por el camino del Cementerio viejo, recordaban las estaciones de la pasión de Jesús. El pueblo amanecía enmudecido: ¡hoy moría el Señor! Las palabras entrecortadas, la ausencia de la música y las calles sin niños jugando, proclamaban a los cuatros vientos que el pueblo estaba de luto.

A pesar de ser día de ayuno y abstinencia yo, que, como podéis ver, desde niño he gozado de buen apetito, estaba deseando que llegara para poder comer el potaje con pelotas de bacalao o el arroz y habas. Igual me pasaba el Viernes de Dolores, quería que llegara para comer arroz con leche, buñuelos y paparajotes. Y así transcurría el Viernes santo.

Muy temprano, sobre las siete de la mañana, salía la procesión de la Iglesia. Estaba formada por muy pocos pasos, pues no había para más, pero, eso sí, bonitos y valiosos: San Juan, Nuestro Padre Jesús y la Dolorosa – de la escuela de Salcillo- que sólo con mirarlos te rendías y enmudecías.

Por la noche, Nuestro Padre Jesús era sustituido por el Cristo Yacente. La Dolorosa cambiaba su manto azul por el negro, así como también la posición de sus brazos. De todo ello, se encargaba su camarera, Pepita Meca, ayudada por Bibiana, Catalina Férrez, Lola Cordetas y esa sencilla, humilde y fervorosa mujer que era "Joaquinilla" de Timoteo, dispuesta en todo momento a cuanto se necesitara en la Iglesia. Los penitentes cerraban el cortejo. Yo me entretenía contándolos y preguntándome por qué iban con los pies descalzos.

Esas imágenes han movido el corazón y la fe de muchos torreños, entre ellos el mío. No sabría describir bien las inquietudes que llegaron a provocar en mi vida la imagen de Cristo, entregando su vida por cada hombre y cada mujer de este mundo y de este pueblo, queriendo sin limitación ni condición alguna, entregándose hasta derramar su Sangre sin esperar nada a cambio.

Y, junto a Él, su madre. La mujer elegido por Dios para compartir con su hijo los padecimientos y sufrimientos que darían a luz la salvación al mundo entero. La imagen de la Virgen siempre evocó en mí el amor de una madre que es capaz de abandonar todo para estar cerca de su hijo.

¿cómo ama una madre mientras contempla impotente que están matando a su hijo? ¿Cómo sigue amando esa madre mientras siguen sufriendo muchos de sus hijos en este mundo?

Esta es la expresión de la Madre Dolorosa que podíamos percibir los torreños en aquella procesión del Viernes Santo.

Nuestras Cofradías, al igual que la totalidad de las Cofradías dispersas por la geografía de España, nacieron "con la idea de contemplar y dar culto público a la Pasión del Señor, sacando en procesión a las imágenes de Nuestro Señor representado en alguno de estos momentos de su vida" (1 Obispos del sur de España, Las hermandades y Cofradías, 27.)

Los cofrades se recordaban a sí mismos y al pueblo cristiano "el gran beneficio de la Redención y la necesidad de una conversión manifestada en la reforma de la propia vida y en la entrega y servicio a los demás". 2(Ibid., 27).

De esta forma, todas las Cofradías han contribuido al florecimiento y fortalecimiento de la vida cristiana, siendo cauce importante para la fe de nuestro pueblo. Son muchas las personas que continúan alimentando su vida cristiana en el seno de nuestras Cofradías. "Gracias a su poder de convocatoria y a su forma peculiar de expresar los sentimientos religiosos, han hecho realidad en mucha gente las palabras de Jesús: yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has revelado a los pequeños" 3(Ibid.,25.)

Muchas personas, en efecto, se han sentido interpeladas ante los desfiles procesionales, ante el esfuerzo de los costaleros y el trabajo desinteresado de los cofrades; se han interrogado sobre el sentido que encierran dichas manifestaciones; han guardado silencio ante las imágenes... Pues yo os digo, convencido de ello, que los cansancios, los interrogantes, los silencios, los trabajos, las preguntas que suscitan en mucha gente las procesiones, se convierten en expresiones particulares de la búsqueda de Dios y de la fe, en motivos de un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo y en ocasión propicia para que, los cofrades, estén "siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que pida razón de vuestra esperanza" (1Pe 3,15).

Para que esto suceda, creo que "esta realidad ha de ir acompañada en los cofrades de una creciente formación cristiana, al par que de una participación activa en la vida litúrgica y caritativa de la iglesia, junto con un dinamismo apostólico y un fortalecimiento de la comunión eclesial"4(obispos del sur de España, las hermandades y Cofradías, 8).

Los cambios profundos experimentados en nuestro pueblo reclaman por nuestra parte un esfuerzo evangelizador del cual han de participar el Cabildo Superior de Cofradías. No sólo hemos de conservar la fe que nos legaron nuestros mayores, es necesario transmitirla a las generaciones jóvenes.

Las Cofradías, desde lo que son, han de roturar los caminos del Reino de Dios en Las Torres. No pueden permanecer pasivas cuando toda la Iglesia está inmersa en la aventura de la Nueva Evangelización; es decir, se ha concluido un ciclo evangelizador y es preciso comenzar una nueva etapa histórica con el ardor y la eficacia de los nuevos tiempos, partiendo desde la referencia a momentos anteriores. Se trata de llevar el mensaje de Cristo a las entrañas del mundo, de testimoniar a los hombres y mujeres de la vida de un Dios creador y salvador, de vivir la fraternidad y la esperanza.

Junto con esta actitud misionera, la comunión es el camino que han de recorrer las Cofradías si quieren ser fieles a sus propias raíces. Si la Nueva Evangelización supone un esfuerzo colectivo de toda la Iglesia, es inevitable superar las situaciones de división y los particularismos localistas inoperantes. La categoría comunión expresa lo que es la Iglesia y lo que nosotros somos en Ella. La comunión nos abre a la misión, y la misión es expresión de la comunión.

7. SABADO DE RESURRECCIÓN.

El sábado de resurrección, como se llamaba antes de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, el pueblo amanecía con una actividad febril. Muy temprano se barrían las calles y las plazas. Las mujeres, con cubos y cántaros, iban y venían a la acequia para rociar las calles.

Ese día transitar por las calles era peligroso. Si no andabas con cuidado te podían duchar o descalabrar, pues los cacharros viejos de barro (botijos, cazuelas, ollas...) acompañaban al agua. La tristeza de ayer, hoy es alegría. La "matraca" dejaba de sonar, y las campanas volvían a voltear. ¡Todo era alegría. ¡Cristo había resucitado! El altar mayor, por lo bonito e iluminado, parecía distinto. Aún veo a Catalina Férrez subiendo por la escalera de madera al camarín de nuestra Patrona para colocar macetas y ramos de flores.

De los oficios, que eran muy concurridos, recuerdo la siguiente anécdota. Don Rafael se tendía en el suelo y siempre me encargaba que le colocara bien el alba con el fin de que no se le viesan ni los calcetines ni los pantalones. Una vez tendido, obediente a sus deseos, le arreglaba el alba y en voz baja le decía: "¿Está usted bien? Parece un "sanluis". Como era normal la carcajada no se hacía esperar. Se levantaba, con los dedos entre los dientes, aguantándose como podía la risa. Pero, lo peor del caso, es que a un servidor ya lo había expulsado del altar a la espera del pesco y los cañazos que me venían.

En este día el agua era bendecida y con ella se asperjaba la Iglesia y a los feligreses. Esto era sobre las doce de la noche, así que, como podrán adivinar ustedes, las cabezadas eran frecuentes entre los feligreses, que volvían en sí, después que algún que otro monaguillo les felicitase las pascuas con un buen hisopazo.

8. LA SEMANA SANTA TORREÑA Y LA RELIGIOSIDAD POPULAR..

Hoy la Semana Santa torreña ha cambiado y ha asumido el reto de velar por la religiosidad popular de Las Torres. A nadie se le oculta el creciente interés que nuestro pueblo están suscitando los desfiles procesionales. Se crean nuevas Cofradías; las incorporaciones de cofrades se multiplican; la presencia joven en los desfiles es incuestionable...

Son varias y, en ocasiones, contradictorias las lecturas de este fenómeno. Estoy convencido que, independientemente de la lectura que se haga, el interés creciente por la Semana Santa se ha de enmarcar dentro de la expresión convencional "religiosidad popular" y desde ella se ha de estudiar.

"El sínodo de los Obispos de 1974 recogió la preocupación que suscita en amplios sectores de la Iglesia este problema de la religiosidad popular respecto a la evangelización de los pueblos 5 (Obispos del sur de España, catolicismo popular en el sur de España). Haciendo suyas las indicaciones de dicho sínodo, Pablo VI en la Exhortación Postsinodal Evangelio nuntiandi afirmaba con respecto a las manifestaciones de religiosidad popular que "consideradas durante largo tiempo como menos

puras, y a veces despreciadas, estas expresiones constituyen hoy el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado 6 (EN, 48.)

Después de confesar que ciertamente tienen sus límites, concluía que la religiosidad popular bien orientada contiene muchos valores. "Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios... engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad" 7 (EN, 48.)

La religiosidad popular, en efecto, forma parte de la misma vida de la iglesia. "Sería impropio decir que ésta (la iglesia) se sitúa "ante" esas realidades populares, puesto que las lleva en su seno y las siente formando parte de su ser" 8 (Obispos del Sur de España, o.p.3)

No podemos, por tanto, enfrentar, como si de dos realidades antagónicas se tratara, un cristianismo "minoritario" a la religiosidad popular. "La Iglesia jamás ha renunciado a congregarse en su seno a las multitudes para vivir con ellas su misterio y su historia. Pero, por otra parte, siempre ha procurado hacerlas fermentar mediante la levadura de comunidades evangélicamente muy vivas, capaces de ayudarles a asumir transformaciones sociales y a superar las crisis históricas por las que atraviesan al correr de los siglos el pueblo y la Iglesia" 9 (Ibid.,3).

Presente en la historia del hombre y como hecho social cambiante, la religiosidad demanda una constante purificación pues son muchos los soportes sociales en que descansaban los valores religiosos populares que han desaparecido con el paso del tiempo. Ahora son otros los valores emergentes que deben ser asumidos cristianamente y ante los cuales no puede permanecer pasiva la religiosidad popular 10 Cfr. Ibid., 3)

9. DESPEDIDA.

Escribiendo estas líneas y evocando la Semana Santa de hace cincuenta años, la nostalgia me ha ido invadiendo. Son muchos los rostros concetos que he recordado y que ya no están con nosotros. Y tengo que hacer un esfuerzo para sobreponerme, para mirar con esperanza al futuro y no dejarme atrapar por unas aguas pasadas que no mueven el molino de nuestras vidas. El monaguillo de ayer ha crecido, pero sigue siendo el mismo:

Manolo, del rincón, hijo de la Josefa "Tobalo".